

Dieta neoliberal y «comida» chatarra

Gerardo Otero

4

La inflación global de los precios de los alimentos desatada en 2007 ha renovado la preocupación de los gobiernos por la «seguridad alimentaria», pues la carencia puede ser explosiva políticamente. La seguridad alimentaria se define como la disponibilidad de alimentos para el sustento de todo el mundo, a pesar de las fluctuaciones de precios, así como el acceso físico y económico a los mismos para una vida activa y saludable.

La Organización para la Agricultura y la Alimentación de las Naciones Unidas (FAO, por sus siglas en inglés), en un informe de 2012, dice que 870 millones de personas sufren inseguridad alimentaria, 850 millones de las cuales viven en países en desarrollo.¹ En un mundo productor de suficiente comida, la inequitativa distribución del ingreso impide que todos tengan acceso a una alimentación suficiente e inocua.

El problema estriba en el desigual acceso a los alimentos de calidad, que se ha consolidado desde los años ochenta, con la instauración de lo que llamamos la *dieta neoliberal*. Los expertos en nutrición consideran que en este periodo prevalece una dieta «densa en energía», es decir, con alto contenido de grasas y calorías vacías. Popularmente se conoce como la *comida chatarra*. Junto con Gabriela Pechlaner y Efe Gürcan, estamos desarrollando el índice de riesgo de comida chatarra para esti-

mar el riesgo de que la gente acceda primordialmente a esa «comida». Nuestra hipótesis es que entre dos mil millones y cinco mil millones de personas en el mundo enfrentan este riesgo. La población más afectada es la clase trabajadora y de bajos ingresos.

Nuestro estudio parte de algunos supuestos: 1) las clases medias y altas de cualquier países no se ven afectadas ni por la inseguridad alimentaria ni por el riesgo de comida chatarra. Desde luego, tienen la opción de consumirla, pero sus ingresos les permite evitarla y optar por alimentos de alta calidad y acordes a una vida

El problema estriba en el desigual acceso a los alimentos de calidad, consolidado desde los años ochenta, con la instauración de lo que llamamos la dieta neoliberal.

saludable. Las «opciones» alimenticias para los pobres, sin embargo, están limitadas por la escasez de recursos. La ideología neoliberal culpa a las víctimas por tomar malas decisiones alimentarias, pero que tengan la opción de elegir es un mito. Las familias urbanas, donde los adultos tienen que trabajar para mantenerse, son las más afectadas. Además de escasos recursos, tienen poco tiempo para preparar los alimentos; y 2) a diferencia del discurso de la *seguridad alimentaria*, que desde los años ochenta propone la liberalización del comercio internacional y las ventajas comparativas en la agricultura,



nosotros respaldamos la perspectiva de la *soberanía alimentaria*. La reforma neoliberal trataba de transformar la agricultura enfocada en la autosuficiencia de los mercados nacionales a una enfocada en el mercado internacional.

Nuestra hipótesis es que la liberalización comercial de la agricultura, lejos de mejorar la seguridad alimentaria, la ha empeorado. O sea, entre más crece la dependencia comercial agrícola, más crece la inseguridad alimentaria. También crece más el índice de riesgo de comida chatarra. Distinguimos entre alimentos «básicos» y de «lujo». Estos últimos son las frutas y verduras, pero también los de alto valor agregado, como las carnes y los vinos.

Entendemos por comida chatarra aquellos alimentos altamente procesados, como harinas refinadas de cereales complejos y azúcar refinada, aceites vegetales y, desde luego, mucho de la comida de los restaurantes de «comida rápida». Los tres aditivos principales de estos productos son sal, grasa y azúcar. Existe toda una «ciencia» desarrollada desde los años setenta para determinar la combinación «óptima» de estos ingredientes: la que logre el «punto de éxtasis» (*bliss point* en inglés) para el consumidor. El objetivo principal de la comida chatarra es que tenga un sabor tan atractivo que cause adicción e incremento de ventas.² Nada tiene que ver con las necesidades nutricionales ni la vida saludable. Lo que importa son las ganancias.

A escala internacional, hemos observado un fuerte cambio en el consumo de aceites vegetales entre 1985 y 2007. De la lista de más de 100 alimentos que registra la FAO para todos los países desde 1961, los aceites vegetales aparecían en el lugar 27 o más bajo en 1985. Para 2007 ya aparecían entre las primeras cinco fuentes de comida en la mayoría de los nueve países que hemos estudiado (Brasil, Canadá, China, India, Indonesia, México, Rusia, y Estados Unidos). Hay que destacar que la mayoría de dichos aceites provienen de cultivos transgénicos (soya, canola y maíz). Además, el maíz es uno de los ingredientes más ubicuos de los alimentos ofertados en los supermercados: dos kilos de maíz equivalen a uno de pollo, por ejemplo; siete kilos de maíz equivalen a uno de carne de res, etcétera. De ahí se deriva la importancia del etiquetado de los alimentos: por lo menos nos

Nuestra hipótesis es que la liberalización comercial de la agricultura, lejos de mejorar la seguridad alimentaria, la ha empeorado. Entre más crece la dependencia comercial agrícola, más crece la inseguridad alimentaria.

Nuestros cálculos iniciales indican que México es el «campeón» en el índice de riesgo de exposición a la comida chatarra.

enteraríamos si contienen o no organismos genéticamente modificados o cultivos transgénicos.

En noviembre de 2012, California votó la «Proposición 37». Si pasaba, se legislaría la obligación de las empresas alimentarias de etiquetar sobre el contenido. Para derrotarla, compañías como Monsanto, la principal productora de semillas transgénicas, donó 12 millones de dólares y lo logró. Coca-

Cola y Pepsi también se aliaron en contra de la 37, puesto que endulzan sus productos con jarabe de maíz de alta fructosa, producido con maíz transgénico.

La dieta neoliberal coincide nítidamente con el crecimiento del sobrepeso y la obesidad a niveles de epidemia. Según *The Economist*, el país donde más ha crecido la proporción de adultos mayores de 20 años con sobrepeso es México, seguido por Brasil y Sudáfrica. Estados Unidos está muy cercano, pues es un país en donde la desigualdad socioeconómica ha crecido dramáticamente desde los años ochenta.

Nuestro índice de riesgo de comida chatarra se compone de cuatro índices y se divide entre cuatro para que su resultado sea entre 0 y 100. Todavía lo estamos desarrollando. Los cuatro elementos principales son un índice de dependencia del comercio internacional en los cinco alimentos principales de cada país, por la vulnerabilidad que genera la volatilidad de sus precios; el coeficiente Gini, que mide la desigualdad en los países; el índice de «uniformidad alimentaria», y la tasa de urbanización en cada país. Ya hemos abundado sobre el primer índice, pero veamos qué incluyen los otros.

El coeficiente Gini es una medida de la desigualdad en un país: cero cuando el ingreso después de impuestos es igual para todos y uno si todo el ingreso lo detenta una sola persona. En los países nórdicos, los menos desiguales, sus coeficientes de Gini son de 0.21 a 0.24, mientras que el de Sudáfrica, el más desigual, es de 0.61. El de México es 0.48 y el de Estados Unidos 0.38. Para efectos de nuestro índice, multiplicamos el Gini por 100 para convertirlo en porcentaje.

El índice de uniformidad alimentaria que desarrollamos está compuesto por la suma simple del porcentaje que aportan los cinco alimentos principales a la ingesta promedio diaria per cápita en cada país. Con las excepciones de Brasil y

Canadá, este índice ha aumentado entre 1985 y 2007 en todos los países estudiados. Entre más limitada y uniforme sea la base principal de los alimentos, más aumenta la vulnerabilidad.

Por último, las tasas de urbanización oficiales indican el porcentaje de la población que vive en ciudades. Varios estudios han mostrado que a mayor urbanización corresponde una mayor exposición de las personas a las dietas «densas en energía». De ahí que la tasa de urbanización se incluye en nuestro índice.

Nuestros cálculos iniciales indican que México sale como el «campeón» en el índice de riesgo de exposición a la comida chatarra. Sin duda, esto tiene una fuerte correlación con el celo que los tecnócratas adoptaron como promotores del modelo neoliberal. Si bien el país ha aumentado mucho su exportación de frutas y verduras, sobre todo con el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), éstas consti-

tuyen apenas entre 2 y 3% del consumo promedio de sus vecinos del norte. En cambio, México se ha vuelto dependiente de la importación de casi todos los alimentos básicos que representan más de 50% de su ingesta calórica promedio. No es de extrañar, entonces, que la FAO³ se autocritica por haber promovido la liberalización comercial al decir: «La afirmación de que la liberalización comercial traerá ganancias netas a los países menos desarrollados es, cuando mucho, cuestionable, y en el peor de los casos, completamente equivocada».

La pregunta es qué se va a hacer respecto a la comida chatarra. Como se sabe, el sobrepeso y la obesidad conllevan fuertes problemas de salud como diabetes, cardiovasculares y varios cánceres. Los Estados pueden

intervenir en tres asuntos: políticas serias de redistribución del ingreso, regular el contenido de los alimentos y eliminar los subsidios del maíz y otros productos que distorsionan la dieta a favor de la chatarra.

El sobrepeso y la obesidad conllevan fuertes problemas de salud como diabetes, cardiovasculares y varios cánceres.

Referencias

- 1 FAO, WFP and IFAD, *The State of Food Insecurity in the World 2012. Economic growth is necessary but not sufficient to accelerate reduction of hunger and malnutrition*, Rome, FAO, 2012.
- 2 Michael Moss, «(Salt + Fat²/Satisfying Crunch) X Pleasing

Mouth Feel = A Food Designed to Addict», *New York Times Magazine*, 24 febrero, 2013, pp. 34–41, 46–48.

- 3 FAO, *Trade and Food Security: Conceptualising the Linkages*, Rome, FAO, 2003.